

prichos de cinco ó seis galantes, que tienen mas ó menos derechos sobre ella, y esto forma una mezcla la mas sucia y repugnan- te: todas las estupideces del antileon, del costillero, del mar cambiado en limonada, y de la cola de seis piés, no son sino flores, que sirven para adornar, ocultándolo, el pensamiento principal. De manera que la satisfaccion de los apetitos, la mezcla de los séres es la idea generadora, que ha pre- sidido á la edificacion del sistema, iba á decir, del quicio phalansteriano. Los fou- rieristas que todos los dias atacan á Mat- thus, llegan al mismo fin que él por me- dios diferentes. La mezcla de los séres no solamente anula la familia y la propiedad, sino que detiene el aumento de la poblacion, y la agota en su manantial, ved el oriente, en donde la poblacion perece de año en año. Asi Fourier y sus discipulos son mathu- sianos, es decir, enemigos del pueblo, de quien pretenden ser defensores; sin duda

alguna Mr. Considerant es un *aristo* y de la peor especie. Si quereis encontrar un sistema social, buscadlo en otra parte, por que esto es el mas antisocial entre todos los que diariamente brotan de la cuarta pági- na de los diarios y de los que se proponen ante el público de los clubs.

Esto será lo que yo haga, respondió Oli- brius, despues de apretar la mano del des- conocido, y se escapa de la sala, dejando á Parentean ocupado en quebrar la banca con sus arrebatos de entusiasmo.

Olibrius entra en su casa profundamen- to desanimado; la utopia phalansteriana no le parecia, á pesar de la recomendacion de su amigo Parentean, capaz de salvar al mundo; era necesario aplicar otra cataplas- ma al cuerpo social. No podia en efecto Olibrius desconocer que con alguna ligere- za se habia concedido á Fourier el mérito de haber proclamado la fórmula de la aso- ciacion, en la cual ven algunos la esperanza

del porvenir. La asociación doméstica es una idea vieja, no solo en teoría, sino también en práctica. Los hermanos moraves que conservan la propiedad individual, se acercan más bien al régimen de la asociación que al de la comunidad; y Olibrius hizo esta reflexión exacta, y una abstracción de la profunda inmoralidad, en que descansa el sistema societario, porque sería difícil, por no decir imposible, hacer del mundo entero un convento. El sueño de un gran número de novadores consiste en acostar, en nombre de la civilización, sobre la cama de Procusto del monasterio, á nuestra sociedad, como si el hombre no sintiese por la vida en común una repugnancia que solo puede superar el sentimiento religioso y la elevación de un ascetismo místico.

En esta época, casi como en la de hoy, cada uno tenía en su bolsa un sistema nuevo destinado á curar radicalmente á la humanidad de todas sus miserias; todos los

días hacían unguentos nuevos, cuya virtud curativa escudía mucho á la medicina de la víspera; la Francia no era ya sino una inmensa farmacia socialista, en donde no faltaban boticarios que hiciesen las píldoras democráticas. Todos convenían en que la sociedad iba á dar el último suspiro, y que apenas habría tiempo para administrarle un remedio heroico: desgraciadamente esta sociedad que había leído á Moliere, tenía una confianza bastante moderada en las prescripciones de sus doctores. Olibrius, que creía firmemente conforme á lo que había oído en los clubs, y otros laboratorios patrióticos, que el viejo mundo terminaba su carrera, se veía sin cesar perseguido por esta idea, es necesario apurar los sistemas para organizar de un golpe un mundo más joven, más soberbio y más vivo.

Precisamente el Luxemburgo era la arena, en que todos los caballeros de la innovación, armados de silogismos, con corazas

de proposiciones y provistos de todas pie-  
zas; rompian lanzas humanitarias; torneos  
de discursos; risible y deplorable Carrousel  
en donde el primero que llegaba podia cor-  
rer la sortija del socialismo. Cada uno de  
estos paladines tenia sus colores y su divi-  
sa; este llevaba escrito sobre su escudo: *Or-  
ganizacion del trabajo*; otro, *República  
universal*; un tercero desplegaba una ban-  
dera, en la que se leia este glorioso grito  
de guerra: *La propiedad es un robo*. To-  
dos estos valientes, deseosos de ganar sus  
espuelas, ejecutaban pasos de armas á los  
ojos de su dama, quiero decir, de la Fran-  
cia, que, semejante á una cautiva por la  
que combaten sus raptos, no ve en el re-  
sultado del combate, sea el que fuere, sino  
vergüenza y desesperacion.

Olibrius, gracias á su amigo Parentean,  
para quien como apóstol phalasteriano de  
todos conocido, ninguna puerta quedaba  
cerrada, tuvo la dicha de ser convidado pa-

ra asistir á una de estas discusiones, en  
donde se jugaba al ruido armonioso de los  
periódicos, la suerte de una gran nación.  
La verdad iba sin duda á brotar del cho-  
que de estos sistemas; iba por fin á forma-  
lizar su idea y consagrarse todo á la felici-  
dad de sus semejantes!

Habia en el Luxemburgo dos clases de  
sesiones; unas á que asistian los obreros,  
que venian periódicamente á recibir el ma-  
ná social, y en donde el primer obrero de  
Francia, (así se titulaba modestamente un  
jóven sectario,) los alimentaba con fra-  
ses sonoras, á falta de alimentos más subs-  
tanciales. Tenian lugar en la sala de la an-  
tigua cámara de los Pares, bajo los arteso-  
nados del privilegio y sobre los escaños de  
la aristocracia; los debates de estas sesiones  
parecian mas ó ménos estenografiadas al  
otro dia en el *Monitor*. Habia allí des-  
pues sesiones secretas, conferencias íntimas  
á las que eran convidados los dioses y se-

midioses del Olimpo palirgenérico. En este laboratorio oculto se reunian los alquimistas del socialismo para trabajar unidos en la grande obra. La humanidad podia estar tranquila: todos los Flameles, todos los Rugieris, todos los Bálsamos de la ciencia estaban en busca de la piedra filosofal.

No dejó Olibrius de temblar al presentarse en este cóncilave compuesto de veinte y cinco á treinta personas, presidido por un jóven de talla exigua, cuya figura dulce y espiritual disponia á su favor. Cuando todos los concurrentes tomaron sus asientos en sillas colocadas en círculo, el jóven se levanta majestuosamente y con una voz clara y fuerte principia así:

“Ciudadanos:

La sociedad actual se parece á Luis XI moribundo, tratando de dar á su rostro las engañosas apariencias de la vida; oree vivir todavía esta sociedad que lleva en sí misma el gérmen de mil muertos, la mise-

ria, la prostitucion, el egoismo, la concurrencia; pero cada minuto que pasa, pierde una parte de su existencia; ya respira con dificultad, y se apaga en las últimas convulsiones de la agonía. Cuál es la causa de todos estos males? debe acusarse á la corrupcion de la naturaleza humana? No, el manantial del mal está en el vicio de nuestras instituciones sociales.

Dispensadme, interrumpió un economista que fraudulentamente se habia introducido en la reunion; sin querer, vais á justificar á los huéspedes del periódico, y á los predestinados del cadalso.”

El jóven fijó orgallosamente su mirada sobre el interruptor.

No me detendrá esta objeción, continúa, y os responderé como Rousseau, el gran apóstol del siglo XVIII, el primero que habia presentado la fraternidad republicana, que todo es bueno al salir de las manos del autor de las cosas, y que el hombre so-

lo pervierte la obra de su Creador. Considero como una blasfemia el decir que los hombres nacen necesariamente perversos.

No admitis al menos, replica el economista, que frecuentemente la miseria no es sino la consecuencia de la poca prevision y de la mala conducta, que los vicios y los crímenes son el resultado del abuso que hace el hombre de su libertad, abuso que a ninguna sociedad le es dado el prevenir?

Yo podría negar la libertad humana, contesta el jóven; grandes filósofos, entre otros Montaigne, la han puesto en duda; pero conviniendo, en que exista se encuentra comprimida y modificada en el pobre y el desgraciado.

Entonces declarais que el hombre nunca es responsable de sus faltas ó de sus crímenes, dice el economista.

Sí, replica el orador, la sociedad es quien debe responder.

Oh! oh! dice Olibrius bajo á Parenteau,

esto es mucho; yo, miembro de la sociedad, soy responsable por mi parte de un crimen que se cometió á cincuenta leguas de aquí, y no lo soy del que puedo cometer... Qué dices de esto?

No es posible, que halla crímenes con la atraccion y el acuerdo del dualismo humano, respondió éste.

Llévete el diablo, murmura Olibrius.

Todos los vicios, todos los crímenes, continúa el jóven orador, no tienen otra causa, que la miseria, resultado de la concurrencia, y de la que trae consigo la guerra en el orden de los intereses. Importa pues hoy arreglar el estado social definitivo, hacia el cual va á marchar la humanidad. Es necesario desde luego comenzar por substituir á la lucha de los intereses particulares ó del individualismo, la armonía del interés general. Para hacer esto, ved los medios que propongo.

El gobierno se considerará, como regu...

lador supremo de la producción, y se le investirá con una fuerza despótica para que cumpla con su deber; levantará un impuesto cuyo producto será destinado á la creación de talleres sociales en los ramos mas importantes de la industria nacional; los capitales se suministrarán por el estado á los talleres, gratuitamente y sin intereses; el taller será regido por reglamentos que tengan fuerza de ley.

Así, ciudadanos, en cada clase de trabajo, la misión especial del taller nacional será hacer á los de la industria privada una concurrencia destructora, que los obligue á venir y absorberse en su seno. De esta manera la concurrencia será destruida por la concurrencia misma. Los capitalistas que impongan sus fondos en el taller nacional recibirán el premio legal, pero no participarán de los beneficios.

Todavía no será esto solo; los talleres nacionales de una misma industria reparti-

dos en el territorio serán asociados entre sí, y reunidos como ayudas del gran taller central. Los gefes de los trabajos serán nombrados por elección y administrarán bajo la vigilancia del estado. Los salarios serán iguales; la evidente economía y la incontestable exelencia de la vida en común, no tardarán en producir la asociación voluntaria de las penas y de los placeres.

La agricultura, ciudadanos, será sometida al mismo régimen. Conocido universalmente el abuso de las sucesiones colaterales, se aboliran, y el valor que tengan se declarará propiedad comunal y enagenable para sujetarlo al régimen de los talleres sociales.

Lo mismo que todos los obradores de una misma industria, estarán obligados entre sí *in solidum*, se completará el sistema establecido igual obligacion en las industrias diversas.

Tal es el sistema que tengo el honor de